

IV World Ultreya
Stefania Lucent - Italiano

Me llamo Stefania, tengo 24 años y provengo de la diócesis de Aversa en Italia.

He vivido mi infancia como tantos adolescentes, en la más absoluta indiferencia hacia la religión y la Iglesia, creyendo que mis pequeños problemas eran enormes, poniendome idealmente en el centro del mundo.

Repentinamente una serie de acontecimientos y de graves problemas, amenazaron de destruir definitivamente mi familia, mi reacción fue sólo de rabia, una rabia que procedía de lo más profundo de mi corazón. Miraba hacia el cielo solo para protestar contra Dios, un Dios que yo no conocía, que nunca había querido conocer.

Y yo me sentía cada vez más sola.

Un día mi tío invitó a mi madre a participar a un Cursillo, ella aceptó llevando a cuestas todo su sufrimiento de esposa y de madre. Volvió completamente cambiada, tan cambiada que deseaba perdonar a quien había procurado tantos daños a todos nosotros.

En esos días todo me parecía absurdo, no lograba aceptar el insensato deseo de perdonar que mi madre llevaba en el corazón después de esos tres días. No lograba comprender, hasta que un día no se fue también mi padre a un Cursillo, y también mi padre regresó cambiado.

Eso era demasiado! Precisamente el... Ese cambio me parecía imposible pero era real y yo lo sentía que era real.

En todo eso había algo que yo no era capaz de comprender... y así también yo fui a Cursillos. Tenía 17 años

En esos días he sentido una alegría inmensa, conociendo un gran amigo que desde el cielo me quería, y tantos hermanos y hermanas alrededor que compartían mis sentimientos.

Tenía en la cabeza todavía demasiada confusión, no comprendía el proyecto que el Señor tenía preparado para mí pero estaba dispuesta a seguirlo donde Él quisiera.

Alternavo momentos comunitarios de estudio de la palabra de Dios al catequismo para los niños y, sobre todo, vivía la espléndida amistad con personas enamoradas de Cristo.

Había recientemente completado la escuela superior y no sabía con qué tipo de estudios continuar. Un amigo me invitó a compartir una experiencia de un año de voluntariado en una estructura que hospedaba personas con handicap psicofísico, una experiencia que ha cambiado mi vida.

Yo tenía muchas dudas pero acepté; no tenía práctica y tenía casi miedo de esas personas que no conocía... lentamente mis ojos se abrieron en una realidad nueva y alabé al Señor que me daba esa posibilidad.

He visto la mirada de Cristo en los ojos de cada uno de esos hermanos más pequeños y ellos me han enseñado a vivir con alegría, a pesar de los problemas.

Yo que me creía de poder dar algo a ellos, recibía mucho... he aprendido la alegría de ayudar a los demás y que el Señor está vivo en estos hermanos que sufren y que hay que alabarlos cada día, cada instante, por lo que recibimos.

Al final comprendí el camino que tenía que iniciar, un camino que me diese la posibilidad de ser útil a la comunidad y en particular a los que sufren. Un trabajo que me consintiese utilizar los talentos que Cristo me había dado, que no eran míos, sino para los demás.

Tomé la decisión de licenciarme como enfermera profesional.

No era una cosa fácil porque era necesario, para escribirse a la universidad, superar oposiciones bastante difíciles. Muchos amigos habían intentado inútilmente varias veces, sin lograrlo.

Quien sabe, quizás porque creía que esa era la voluntad de Dios y que Él caminaba a mi lado estudiaba con obstinación y finalmente realicé mi sueño. El año que viene, si Dios quiere, completaré los cursos universitarios.

Todos los días en el hospital me relaciono con personas que a menudo necesitan solo que alguien las escuche y las aliente... El Señor no dice continuamente "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí lo hicisteis."

Con la ayuda de Dios hablo, sobretodo escucho lo que me dicen, tratando de ser un signo de la ternura de Dios, de una ternura que tanto necesitan y, con alegría, continuo mi camino.

Seguramente, mi vida no es perfecta y ni siquiera yo lo soy, como todos tengo mis dificultades y mis sufrimientos... pero gracias a la amistad que me rodea y gracias al grupo con otros jóvenes, que comparten la misma experiencia, continuaré el camino que alguien, allá en el Cielo, ha trazado.

Tengo un amigo muy especial, que me ama y me apoya, que me da la fuerza, incluso en los momentos de mayor dificultad, para mirar adelante, creyendo que aún es posible vivir la vida de colores.

¡De colores!!!